

DESPERTARES EN LA CAPITAL

No deja de llover. Miro por la ventana caer el chaparrón mientras las lágrimas se desprenden por mis mejillas sin control. Hoy le he vuelto a ver y me ha dado un vuelco el corazón. Es el hombre más guapo del mundo. ¿Por qué me lo arrebataste?

Llevamos aquí casi una estación entera, en la capital, y aunque la vida es más cómoda no termino de acostumbrarme. Al final tengo que seguir haciendo lo mismo: ir a la escuela, cuidar de mis hermanas y hacer la comida, básicamente. Lo bueno es que me libro de cuidar a los animales y de la cosecha, que eso sí que era duro.

Aún así, me da rabia. Hemos tenido que venir con lo puesto. Madre ha tenido que venderlo todo para comprar un piso y una buhardilla, y para colmo hemos acabado viviendo en la buhardilla con otras tres familias. Además, la pobre trabaja limpiando casas, dos por la mañana y tres por la tarde, pero aún así no es suficiente. En cuanto cumpla los catorce me sacará de la escuela para que busque trabajo. ¡Con lo que me gusta la escuela!

Echo de menos el pueblo. Madre dice que nos acostumbraremos pronto, que es como un nuevo amanecer: un nuevo despertar que debemos aprovechar. Pero no es fácil. Veo a mis hermanas llorar a menudo porque echan de menos a padre y me descompongo. Son pequeñas, no entiende por qué ya no está en casa. Ojalá en un futuro los problemas cardíacos se arregles fácilmente y más gente se salve. Ojalá él se hubiera salvado.

Hoy he soñado que ya era mayor y estaba casada con un hombre alto y muy guapo. Teníamos un hijo y le habíamos llamado como al rey. Éramos felices y me gustaba mucho vivir aquí, en Burgos. Tenía una familia, mi familia, y aunque a veces teníamos complicaciones no echaba de menos el pueblo como ahora. Este era mi sitio, mi hogar.

Cuando me despertó madre para ir a la escuela le conté lo que acababa de soñar. Le dije que ojalá todos mis despertares fueran felices, como ese. Ella me acarició la cara con su mano mientras yo aún estaba acostada y me dijo que podría tener todo lo que

quisiera, que sólo tenía que luchar por ello. Así que desayunamos, nos preparamos, y mis hermanas y yo nos fuimos a la escuela.

Hoy nos tocaba a nosotras llevar la leña para el brasero de la clase, así que me había manchado un poco la camisa blanca. La maestra ha hecho la vista gorda y he podido quedarme, así que pasamos una mañana fabulosa. Se está bien ahí con el calorcito, y he hecho tantas cuentas hoy que la maestra me ha acabado felicitando.

El problema ha surgido cuando he ido a la panadería después de dejar a mis hermanas en casa: ahí estaba él, con su sonrisa blanca y esa voz tan grave... Me fallaron las piernas cuando me miró para preguntarme qué deseaba y me caí. No sé cómo ha podido pasar, me he desvanecido por un momento y me he despertado en sus brazos.

He tenido que salir corriendo. No he cogido ni el pan y madre me reñirá, pero tenía que venir a casa. No podía quedarme allí.

La primera vez que lo vi, a lo lejos, se me iluminó la cara. Corrí desde el otro lado de la calle hacia él, tenía muchísimas ganas de abrazarle. Hasta que a pocos metros me di cuenta de que no era quien yo creía. Me derrumbé.

Esa noche también lloré. El que despacha se parece tanto a padre... Ojalá mañana me despertara y estuviera él.

